

# Las finanzas vaticanas



## "BIENAVENTURADOS LOS POBRES"

EDUARDO DE GUZMAN

**C**ON muy raras excepciones, los juicios y comentarios de la prensa acerca del pontificado de Pablo VI no pueden ser más favorables ni laudatorios. Nadie deja de reconocer y proclamar que, siguiendo la línea trazada por su antecesor Juan XXIII y el Concilio Vaticano II, el Papa Montini emprende sustanciales mejoras en la organización de la Iglesia católica, cambia su imagen pública y popular, librándola de perjudiciales anacronismos para que pueda estar a la altura de los nuevos tiempos y realizar una labor más extensa, intensa y fecunda en el mundo de hoy. Sus esfuerzos en favor de la paz universal, su afán por lograr una verdadera hermandad entre todos los hombres, cualesquiera que fuesen sus creencias; sus desvelos por los más humildes y los perseguidos de todas las razas y latitudes, le granjean, no sólo el fervoroso homenaje de los creyentes, sino el respeto, la admiración y la gratitud del resto de la Humanidad. (Prueba de la eficacia de su labor es la desaparición de un secular anticlericalismo, rabioso y trasnochado, palpablemente comprobado en la España de la transición, en que ningún partido —de izquierdas, derechas o centro— se permite en su propaganda el me-

nor ataque contra la Iglesia, a diferencia de lo que sucedía en nuestro país cuarenta, cincuenta o setenta años atrás.)

### Piedra de escándalo en la Iglesia posconciliar

Tan sólo, como advierten contrariados muchos creyentes y no creyentes conocedores del tema, queda un punto oscuro y negativo, que permanece inmutable cuando tantas cosas han cambiado para bien en el seno de la Iglesia católica: el secreto que rodea el espinoso asunto de los recursos vaticanos, de los negocios en que participa y de las cuantiosas riquezas que maneja. No se trata de una leyenda calumniosa de los siglos pasados, sino de una realidad actual que ha motivado, precisamente durante el pontificado de Pablo VI, polémicas y escándalos, y que habrá de preocupar forzosa-mente al nuevo Papa, Juan Pablo I. Tratando a fondo el problema, un periodista católico americano —Nino Lo Bello—, largos años corresponsal en Roma del "New York Herald Tribune" y del "Business Week", escribe en un libro serio y

documentado que alcanza considerable difusión en los comienzos de la presente década: "Todo el mundo sabe que el imperio financiero del Vaticano es uno de los más poderosos del mundo, aunque sea esto lo único que sepa, pues no en balde es uno de los secretos mejor guardados. Las operaciones financieras del Vaticano aparecen rodeadas de misterio. Único Estado soberano que jamás hizo públicos sus presupuestos, el Vaticano es también la única Iglesia organizada que mantiene secretos sus asuntos económicos. Y sus negocios son tan complejos, tan ramificados, que resulta dudoso que haya nadie, incluido el propio Papa, que tenga una visión completa del asunto. A primera vista, el Vaticano actual es fundamentalmente diferente del de hace un siglo. Sin embargo, continúa manteniendo en riguroso secreto sus operaciones financieras, cuidadosamente ocultas tras un velo de oscuridad".

Naturalmente, no es el único en hablar así. Son muchos por el contrario, quienes, en los últimos quince años, se expresan en parecidos términos. Resulta, en verdad, un tanto sorprendente que los bienes vaticanos —el famoso "oro de Roma" del anticlericalismo volteriano de los siglos XVIII y

XIX— tome a ser motivo de discusiones y comentarios, luego de muchos lustros de permanecer envuelto en completo silencio. Y más sorprendente resulta cuando en el último tercio de la actual centuria la hostilidad contra el clericalismo ha desaparecido prácticamente, el último Concilio imprimió nuevos rumbos de austeridad a la organización católica, Juan XXIII proclama la Iglesia de los pobres como ideal de perfección cristiana y Pablo VI afirma solemnemente que "han pasado los tiempos de una Iglesia propietaria de grandes latifundios, de una Iglesia investida de poder temporal". Pero, por asombroso que nos resulte, no es posible dudar de que así es y de nada serviría cerrar los ojos para no ver una realidad incuestionable.

Entre los múltiples estudios, documentos y libros publicados en los últimos años acerca de la cuestión, tres obras revisten, a nuestro parecer, especial interés y actualidad. Son, concretamente, "Wohin steuert der Vatikan?", del historiador alemán largo tiempo residente en Roma Reinhard Raffalt; "The Vatican Empire", del periodista americano ya mencionado, Nino Lo Bello, y "Die Finanzen der Vatikan", publicado en Alemania por el periodista corresponsal en Italia



de diversas revistas económicas germanas Corrado Pallenberg. Justo es consignar que, antes de publicar sus respectivos libros, tanto Nino Lo Bello como Corrado Pallenberg —que se proclaman católicos sinceros y militantes y rechazan de plano que les guíe ningún afán sensacionalista ni el más remoto deseo de atacar a la religión— intentaron obtener la información deseada del propio Vaticano, solicitando ayuda y datos a quienes, por estar enterados, podían facilitarlos.

Fracasadas todas sus tentativas, tanto uno como otro de los autores de estos libros señalan que, al hablar de las riquezas del Vaticano, lo que interesa a las gentes y que ambos tratan de desvelar en sus obras respectivas no es lo que generalmente se denomina patrimonio de la Iglesia, constituido esencialmente por tesoros artísticos y monumentales acumulados a lo largo de los siglos. Esos tesoros artísticos, muchos de ellos de incalculable valor, reunidos en buena parte en la reducida extensión de la Ciudad Vaticana, alcanzarían en el caso puramente hipotético de ser puestos en venta —cosa que con toda probabilidad no sucederá nunca—, cifras astronómicas de millones de dólares. No obstante, y con ser tan valiosos, esos tesoros "no constituyen más que la parte que sobresale del agua en el iceberg de las finanzas vaticanas". Es la parte sumergida la que no aparece a la vista, la que tiene mayor importancia y la que en fechas cercanas a nuestros días ha provocado las más violentas controversias. También, y como veremos a continuación, es la causa determinante de que unas campañas que parecían producto del más rabioso anticlericalismo rebrotan con inusitada virulencia durante el pontificado del recientemente fallecido Pablo VI.

## El escándalo de los "cedólares"

Desde que terminó la segunda guerra mundial, la Democracia Cristiana gobierna de manera ininterrumpida en Italia. Todos los Jefes de Gobierno que se han sucedido a lo largo de treinta y tres años —De Gasperi, Gronchi, Scelba, Segni, Leone, Fanfani, Pella, Moro, Rumor, Colombo y Andreotti— pertenecían a dicho partido, manteniendo siempre las más cordiales relaciones con el Vaticano, cosa lógica y natural dado su catolicismo militante. Aunque en muchos momentos, y en virtud de cambiantes situaciones políticas, los democristianos han tenido que buscar o aceptar la colaboración de liberales, socialdemócratas, socialistas y republicanos, pero en todo tiempo y ocasión conservan las riendas de la vida pública italiana, procurando ajustar su actuación a las directrices marcadas por la jerarquía católica.

Sin embargo, uno de estos políticos fue, contra su voluntad, desde luego, en las postrimerías del pontificado de Juan XXIII, quien provocó el escándalo que todavía colea en torno a las inversiones vaticanas. Amintore Fanfani, presidente del Consejo de Ministros a finales de 1962, se vio en la necesidad de adoptar enérgicas medidas para hacer frente a una situación crítica de la economía italiana y enjugar el considerable déficit presupuestario. Entre dichas medidas se hizo pública una, el 29 de diciembre de dicho año, en que se gravaban con un impuesto del 30 por 100 los dividen-

dos repartidos por todas las empresas industriales, mercantiles y comerciales que funcionaban en Italia.

El impuesto, de carácter general, no admitía excepciones de ninguna clase. Afectaba, por tanto, a los dividendos de las acciones en poder de la Santa Sede. Aunque algunos políticos y economistas señalaron que dicho impuesto violaba diversas cláusulas de los acuerdos de Letrán, de 1929, parece que el Vaticano lo satisfizo sin la menor resistencia durante el primer semestre de 1963. Posteriormente, a raíz de la llegada al solio pontificio de Pablo VI y la sustitución del Gobierno presidido por Fanfani por otro muy parecido encabezado por el también socialcristiano Giovanni Leone —el mismo que en 1978 tuvo que abandonar la Presidencia de la República Italiana como complicado en los famosos sobornos de la compañía Lockheed—, hubo un cambio de notas y unas negociaciones entre el Gobierno y la Santa Sede, y el 11 de octubre de 1963 se llegó a un acuerdo para exceptuar del impuesto a los valores en poder del Vaticano. Al acuerdo no se le dio la menor publicidad, limitándose el ministro de Hacienda —Mario Martinelli, socialcristiano también— a dirigir una circular a todos los organismos recaudadores de impuestos, dándoles cuenta de la exención.

Ya en 1964 el Ministerio presidido por Leone fue sustituido por otro de colaboración acaudillado por Aldo Moro —secuestrado y asesinado meses pasados en circunstancias que todavía no han sido aclaradas—, en que la cartera de Hacienda fue a parar a las manos de un socialdemócrata —Roberto Tremelloni—, quien, al enterarse de la circular de Martinelli, se negó rotundamente a confirmarla, provocando una difícil situación al Gobierno. Para salir del

paso, Moro pidió a la Secretaría de Estado vaticana una lista de los valores en poder de la Santa Sede que debían exceptuarse del pago del impuesto, pero el cardinal Cicognani se opuso, alegando que un Estado soberano —como lo era, y lo es, el Vaticano— no tenía por qué revelar a otro su situación financiera ni la cuantía de sus negocios.

Dimitido Moro a consecuencia de la situación política planteada, se constituyó a continuación un nuevo Gabinete de coalición, ocupando la cartera de Hacienda un socialista —Giovanni Pierracine—, que se negó a exceptuar el cobro del impuesto a los valores vaticanos. "El barómetro de los negocios italianos" —escribe Lo Bello— registró una fuerte baja. El Vaticano aprovechó la situación y amenazó con recurrir al "dumping" lanzando de golpe sobre el mercado centenares de millones de dólares en acciones, lo que hubiese tenido como consecuencia hundir las cotizaciones e infligir a la economía italiana daños de que difícilmente habría podido reponerse. Al mismo tiempo, Antonio Segni abandonaba la Presidencia de la República y se hablaba del socialdemócrata Saragat como posible sustituto. El momento era, por tanto, el más inoportuno para chocar con el Vaticano".

Parece que hubo entonces un acuerdo tácito de no airear la cuestión y apenas si en algunos periódicos aparecieron veladas alusiones al problema de los valores vaticanos. Para zanjarlo de una manera definitiva, se preparó un proyecto de Ley en virtud de la cual se rebajaba del 30 al 3 por ciento el impuesto para los dividendos de las acciones en manos de las jerarquías eclesásticas. Pero en el mes de febrero de 1965, cuando empieza a discutirse el proyecto en la Comisión parlamentaria correspondiente, estalla de pronto el escándalo periodístico. Un semanario izquierdista de gran circulación —"L'Espresso"— inicia una violenta campaña, en la que, tras afirmar que al Vaticano es "el mayor defraudador fiscal de la posguerra italiana", sostiene que en sólo tres años (1962-1965) ha defraudado al fisco 40.000 millones de liras, ya que tiene en su poder el 15 por 100 del total de los valores que se cotizan en las Bolsas nacionales. Un diario comunista —"Paese Sera"— le hace inmediato eco, elevando considerablemente las cifras, ya que, según sus datos, lo adeudado por el Vaticano no son 40.000 millones de liras (4.000 millones de pesetas al cambio de entonces) en tres años, sino 40.000 millones por año.

No faltan quienes niegan los argumentos de "L'Espresso" y "Paese Sera", calificando de exageradas las cifras que esgrimen. No obstante, la prensa izquierdista insiste en sus acusaciones y la polémica crece en violencia de día en día. No tarda en saltar por





## Las finanzas vaticanas

encima de las fronteras, y dos publicaciones británicas de la máxima solvencia intervienen en la disputa, arrojando nuevas carretadas de leña a la hoguera que arde en Italia.

### Un billón de pesetas en cartera

El 27 de marzo de 1965, cuando la discusión sobre los bienes vaticanos está al rojo vivo, la revista británica de mayor autoridad en los medios financieros internacionales —"The Economist"— publica una información sobre la cartera de valores en poder de la Santa Sede. En ella sostiene que el Vaticano, "con una cartera de títulos con un valor aproximado de dos mil millones de libras esterlinas (4.800 millones de dólares al cambio del día), es el accionista más importante del mundo". Basa sus cálculos —que serán objeto de duras críticas— en que la Santa Sede posee una quinceava parte de las acciones cotizadas en las Bolsas Italianas y multiplica por diez el valor conjunto de las mismas para indicar el total de las inversiones vaticanas en el resto del mundo. Aunque el procedimiento utilizado nada tiene de ortodoxo y no existe certeza de que los resultados así obtenidos se ajusten escrupulosamente a la verdad, "The Economist" no modifica su actitud y, en números sucesivos, pese a todas las objeciones que se le formulan, mantiene terca y firmemente las cifras apuntadas.

Dos meses más tarde otro periódico británico, tan conservador como ponderado en sus juicios —"The Times"—, va todavía más lejos. En tono tajante, sin aducir una base firme en que fundamentar sus cifras, afirma que las propiedades financieras del Vaticano tienen un valor que oscila entre los 10.000 y los 15.000 millones de dólares (es decir, entre los 700.000 y los mil millones de pesetas al cambio del momento), a los que habría que agregar —siempre según el sesudo diario londinense— 100.000 millones de pesetas más, que importa la propiedad de la quinceava parte de todos los valores cotizados en las Bolsas Italianas.

Son unas cifras desmesuradas, astronómicas, que una mayoría de economistas considera demasiado elevadas para que puedan ajustarse a la realidad, pero que son reproducidas por numerosas publicaciones de diversos países. Con un considerable, e inexplicable, retraso, "L'Osservatore Romano" las niega el 6 de julio siguiente en un suelto breve y tajante. Pero, como

sus adversarios se apresuran a hacer notar, el portavoz vaticano incurre en el mismo defecto que la parte contraria: se limita a una simple negativa sin presentar pruebas en su apoyo y, mucho menos aún, oponiendo a las cifras publicadas por los periódicos ingleses e italianos datos concretos, precisos e indiscutibles sobre el valor auténtico de las acciones que integran la cartera financiera del Vaticano.

Todo sigue igual dos años más tarde, en 1967, cuando, al reanudarse una vez más la polémica, el socialista moderado Luigi Preti, a la sazón ministro de Hacienda, niega las cifras manejadas por "L'Espresso", "Paese Sera" y otras publicaciones izquierdistas. En una sesión del Senado y en el curso



Tanto Juan XXIII como Pablo VI trataron de volver a la "Iglesia de los pobres", pero, según parece, a las riquezas y al poder les cuesta abandonar el Vaticano.

de un apasionado debate, Preti lee una nota sobre los ingresos del Vaticano a cuenta de los dividendos de las acciones Italianas —únicamente italianas— que posee. Según dicha nota, los beneficios de tales acciones en poder de la Santa Sede se elevaron en 1965 a 3.262 millones de libras, por lo cual hubiera debido pagar —la cantidad seguía y sigue pendiente de cobro— 800 millones de libras. En total, la deuda vaticana, desde la creación del impuesto, se elevaba a 4.000 millones de libras, cantidad considerable, desde luego, pero que no pasaba de la décima parte de la divulgada, veinticuatro meses antes, por el semanario izquierdista.

—A veces los periodistas confunden al Papa con Cristo —dice Preti, sonriente, a los informadores que le interrogan una vez concluida la sesión del Senado—: Jesús podía multiplicar los panes y los peces, pero el Papa no hace milagros y tiene que limitarse a administrar el dinero que tiene.

El ministro socialista habla de

los bienes Italianos y no se pierde en especulaciones acerca del dinero que el Vaticano puede tener repartido por el mundo entero. Señala que, de acuerdo con sus cálculos, los 1.750 millones de libras que Mussolini abonó en 1929 a la Iglesia como indemnización al firmarse los acuerdos de Letrán, y dado el interés acumulado a lo largo de treinta y ocho años, bien podrían haberse convertido en unos 100.000 millones de libras.

Por su parte, el Vaticano guarda obstinado silencio y ni confirma ni desmiente las cifras dadas por el ministro Preti, limitándose uno de sus portavoces a señalar que era inoportuno divagar sobre cantidades hipotéticas cuando la cuestión se estaba discutiendo en el Parlamento. No obstante, son



muchos los que insisten en que la Santa Sede debe hacer públicos sus presupuestos y precisar la cuantía de sus inversiones dentro y fuera de Italia, para acabar con fantasmas y especulaciones. En 1968, el cardenal Egidio Vagnozzi, que acaba de ser nombrado prefecto de Asuntos Económicos —equivalente a ministro de Hacienda en la organización vaticana— responde, en cierto modo, a las peticiones en dicho sentido, diciendo:

—Espero publicar algún día las cuentas del Vaticano. Si llego a hacerlo, el mundo se sorprenderá, no de la magnitud de las riquezas de la Santa Sede, sino de su insignificancia en comparación con sus obras y obligaciones.

Es posible que el cardenal Vagnozzi, presidente de la Prefectura de Asuntos Económicos del Vaticano, esté en lo cierto. Pero hasta ahora el mundo no ha tenido ocasión de sorprenderse, ya que diez años después, en 1978, continúan sin hacerse públicas las cuentas del Vaticano.

### Una lista impresionante de negocios

Los ingresos y gastos normales del Vaticano apenas si han sido mencionados en las múltiples polémicas suscitadas a lo largo del pontificado de Pablo VI sobre las actividades financieras de la Santa Sede. Todo el mundo encuentra lógico y normal que entre sus gastos figuren los pagos de sus sueldos a todos los empleados y funcionarios de la Ciudad-Estado, así como sus diversas dependencias y servicios. Igualmente se considera normal que sus ingresos procedan de las limosnas, legados de los fieles, o del llamado Óbolo de San Pedro —concepto por el que se recauda anualmente una cifra que oscila entre los 100 y los 300 millones de pesetas— aparte de los beneficios derivados de las visitas turísticas, la entrada a monumentos y museos y las emisiones filatélicas.

Los autores de los dos libros repetidas veces mencionados —"The Vatican Empire" y "Die Finanzen der Vatikan"— tratan de esclarecer la cuestión y ambos han de confesar que no lo han logrado por completo, dada la absoluta reserva de las jerarquías interesadas al tratar el tema. Privados contra su voluntad de una documentación oficial, verídica y cierta, Pallenberg y Lo Bello buscan por todas partes —medios económicos y bursátiles, consejos de administración de las grandes empresas, hombres de paja o sociedades interpuestas, informes y confidencias de todas clases— los datos que puedan permitirles trazar un cuadro lo más aproximado posible a la realidad. Es indudable que en algún extremo concreto incurren en errores, juicios precipitados y conclusiones equivocadas. Algunas de sus afirmaciones fueron criticadas en unas llamadas "aclaraciones" —publicadas sin firma en "L'Osservatore Romano", poco después de la publicación de los dos libros— negando que la Santa Sede posea ni una sola acción de Lancia, Alfa Romeo, Italcementi y otras empresas, rebajando considerablemente su participación en Montedison y asegurando que se estaba desprendiendo de su participación en la Società Generali Immobiliare. Hubo, sin embargo, quien encontró entonces muy poco convincentes las "aclaraciones" de "L'Osservatore". "Mucho más fácil que decir lo que el Vaticano no tiene —escribió una revista cristiana— sería decir lo que tiene; mucho más fácil que salir un día y otro al encuentro de las informaciones que aparecen sería recoger y uni-





De izquierda a derecha: Leone, Fanfani y Moro, tres de los muchos personajes de la política italiana implicados en las finanzas vaticanas.

ficar los datos reales y publicarlos". Por su parte, una publicación tan prestigiosa como "Civiltà Cattolica" afirma textualmente: "La Iglesia ganaría confianza si su administración se convirtiera, igual que se pide para la Administración del Estado, en una urna de cristal en la que todos pudieran ver con facilidad lo que contiene".

En la parte más interesante de su "The Vatican Empire", comienza Nino Lo Bello por trazar un organigrama de la administración financiera del Vaticano. De la Prefectura para Asuntos Económicos —creada en el verano de 1967 por Pablo VI— depende la Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica, y de ésta, la gerencia y distribución de los ingresos ordinarios del Vaticano, así como los "oumini di fiducia", hombres de confianza, a través de los cuales se realiza la participación en una larga serie de negocios bancarios, eléctricos, textiles, de construcción, químicos, de seguros y de comunicaciones. Los más importantes son los siguientes:

Bancarios: Banco di Santo Spirito, Banco di Credito Italiano, Banco di Roma, Banco Ambrosiano, Piccolo Credito Bergamasco, Banco Cattolico di Veneto, Banco di Sicilia, Banco di Napoli y Banca Provinciale Lombarda. "El Banco di Santo Spirito —precisa—, que pertenece al Vaticano, fue fundado en 1605 por el Papa Pablo V. Este Banco, que es de los más antiguos del mundo, tiene un capital de 12.800.000 dólares, pero el total de sus depósitos alcanza a los 729 millones de dólares. Unido a los tres Bancos más importantes de Italia —Banca Commerciale Italiana, Credito Italiano y el Banco di Roma, estrechamente relacionados con el Vaticano— representa el 20 por 100 de los depósitos italianos y ha financiado el 50 por 100 de las inversiones italianas en el extranjero".

En las industrias de la construcción, la más importante es la Società Generali Immobiliaria —"en la que la Santa Sede tenía intereses mayoritarios hasta 1969"—, cuya cifra de negocios se elevó en 1967 a más de doscientos millones de dólares. De la SGI dependen alrededor de otras cincuenta

sociedades, entre ellas la Società Generali per Lavori e Pubbliche Utilità (SOGERE), compañía que realiza en Italia los más importantes trabajos públicos, entre ellos la instalación en Taranto del complejo siderúrgico Italsider, uno de los más fuertes de Europa. Entre las sociedades que la Immobiliare controla en el extranjero sobresalen la Watergate Improvement, de Washington; la Montreal States Ltd., del Canadá; la Lomas Verdes, S. A., de Méjico, y la Società Immobiliare des Champs Elysées, en Francia. El Vaticano tiene, asimismo, importantes intereses en la Compagnia Italiana degli Alberghi di Cavalleri, constructora del Hilton de Roma, y con grandes hoteles en Milán y Pisa; en la Manifattura Ceramica Pozzi, con un capital de 59 millones de dólares, que produce aparatos de higiene y controla la Pozzi Ferrandine de Milán, con una reserva de 18 millones de dólares, amén de una filial francesa y otra brasileña.

Es difícil encontrar un sector de la economía italiana en que no aparezcan los "oumini di fiducia" vaticanos. Casi todos ocupan puestos importantes en las diversas sociedades en que la Iglesia tiene intereses. El famoso Bernardino Nogara perteneció, según Lo Bello, al Consejo de Administración de la Montecatini, convertida luego en la Montecatini Edison, en la que numerosos representantes del mismo origen han hecho oír su voz, especialmente en la fusión con Edison en 1966. "Como consecuencia de dicha fusión, los beneficios netos de la Montecatini Edison se elevaron a 62.600.000 dólares". La Montecatini es una de las empresas más importantes de Europa y trabaja en explotaciones mineras, siderúrgicas, producción de fertilizantes, fibras textiles, resinas artificiales y productos farmacéuticos. Tiene filiales en Norteamérica, Holanda, España, Brasil y la India; sólo en Italia controla otras diecinueve sociedades mineras, eléctricas, químicas e inmobiliarias.

"La SNIA-Viscosa, de Milán, está bajo control del Vaticano, pero no le pertenece —asevera Nino Lo Bello—. En realidad está unida a la GISA-Viscosa, que produce el

rayón, y a la SAECI, especializada en fibras de celulosa, dos sociedades que pertenecen al Vaticano". Añade que la SNIA-Viscosa dispone de un capital de 89.600.000 dólares y tiene filiales en España, Brasil, Méjico, India, Argentina y Luxemburgo. Por su parte, "Italgas es una de las sociedades más ramificadas entre cuantas tiene el Vaticano. Con un capital de 59.900.000 dólares, controla las compañías de distribución de gas en 36 ciudades italianas". Estrechamente relacionadas con Italgas están una larga serie de empresas químicas y mineras. Según el mismo autor, "otras sociedades controladas por el Vaticano y actualmente en plan de desarrollo son la Società Mineraria del Trasimano, el Istituto Farmacologico Sero, la Torcitura de Vittorio Veneto, la Fabrica Italiana Stereo Affini, la Conceria Italiana Reunited de Torino, la Cartierw Brugio y la Industria Libreria Tipografica Editrice, cuyos capitales oscilan entre el millón y los veinte millones de dólares".

Tras afirmar que el Vaticano tiene considerables intereses en la Società Fianziaria Telefonica, asegura "The Vatican Empire", hay que sumar la participación vaticana en las sociedades de inversión como la Centrale, la Bistogila Finisider, la Finmeccanica, la Finmare y el Istituto Bancario Italiano, dirigido por Carlo Pesenti, "uno de los banqueros más conocidos de Italia e indudablemente uno de los hombres de confianza del Vaticano". Pesenti, que controla y dirige buen número de instituciones crediticias, parece dispuesto a fusionar varias de ellas, "con lo que se crearía el mayor organismo bancario de Italia, con un total de depósitos que ascendería a 1.200 millones de dólares". Respecto a los seguros, el autor sostiene que "cierto número de compañías de seguros pertenecen al Vaticano; otras son claramente controladas por los financieros de la Santa Sede. En el primer grupo nos encontramos con la Assicurazioni Generali di Trieste e Venecia, con un capital de 23 millones de dólares, y la Riunione Adriatica di Sicurtà, con siete millones de capital. "Violando las leyes italianas

que prohíben a los miembros del Parlamento tener cualquier actividad comercial, cuatro senadores demócratas cristianos, uno de los cuales fue varias veces ministro, pertenecen al Consejo de Administración de la Assicurazioni Generali".

Para concluir su larga relación de empresas dependientes o relacionadas con las finanzas de la Santa Sede, el autor sostiene que el Vaticano no limita sus negocios e inversiones a la geografía italiana. "Sus fondos están depositados en numerosos Bancos extranjeros, esencialmente de Norteamérica y Suiza. Nadie conoce la importancia real de los depósitos vaticanos en los Bancos suizos. En cualquier caso, el dinero papal está protegido contra la inflación y la devaluación por el sólido franco suizo. El Vaticano utiliza igualmente sus depósitos en Suiza para conservar el anonimato en sus operaciones de control, cuando éstas se refieren a sociedades extranjeras. A diferencia de los Bancos americanos, los suizos pueden desempeñar el papel de intermediario, de agente de cambio. Lo mismo que cualquier otro depositario, el Vaticano puede comprar acciones de tal o cual compañía en nombre del Banco y así adquirir una cartera mayoritaria en el más total y oscuro anonimato".

## Resumen

Con muy ligeras variantes, Corrado Pallenberg, autor de "Die Finanzen der Vatikans", coincide con Nino Lo Bello acerca de la cuantía de las inversiones vaticanistas y de las empresas en que tiene participación el dinero de la Santa Sede. Ni uno ni otro se atreven, sin embargo, a fijar de una manera concreta el valor de la cartera vaticana, si bien el segundo habla, un poco de pasada, de que su importe tiene que ser cifrado en billones. En realidad, si cabe discutir si esta o aquella empresa son controladas por los oumini di fiducia católicos, resulta indudable que el Vaticano maneja cientos, millares de millones de dólares en sus inversiones. El secreto que hasta ahora rodeó sus operaciones bursátiles ha constituido una piedra de escándalo en la Iglesia posconciliar durante el pontificado de Pablo VI. ¿Será capaz este Papa de acabar con tales misterios y hacer públicos, de una vez para siempre, los recursos económicos de que dispone la Santa Sede para realizar su misión en el mundo durante las últimas décadas del siglo XX? ■ E. DE G.